

Margaret Thatcher

La Dama de Hierro y la fuerza de las ideas

IDEAS



XXXII

Por Jorge Martín Frías, Víctor Lenore, Carlos Esteban, Alicia Delibes,
Rubén Herrero, Diego Sánchez de la Cruz y Edmaly Maucó

Índice

«Europa no es propiedad de ningún grupo ni institución»: Margaret Thatcher, un liderazgo de época	7
Jorge Martín Frías	
Margaret Thatcher y la cultura popular	11
Víctor Lenore	
Margaret Thatcher en su centenario	17
Carlos Esteban	
La política educativa de Margaret Thatcher: calidad y mérito académico	21
Alicia Delibes	
Margaret Thatcher: la palabra y la espada	27
Rubén Herrero de Castro	
El legado transformador de la Dama de Hierro	31
Diego Sánchez De La Cruz	
Margaret Thatcher: la forja de una líder conservadora y el renacer de la soberanía británica	37
Edmaly Maucó	



«Europa no es propiedad de ningún grupo ni institución»: Margaret Thatcher, un liderazgo de época

Jorge Martín Frías

Director de la Fundación Disenso y eurodiputado de VOX

En el centenario del nacimiento de Margaret Thatcher, resulta, cuando menos, difícil señalar en pocas palabras algunos de los elementos más definitorios de su personalidad e indudable liderazgo. Un liderazgo que destacó entre las grandes figuras contemporáneas de nuestra historia reciente y que no albergaba más estrategia que la de la convicción.

Thatcher fue muchas cosas, pero si algo podemos destacar de ella es que fue una política disruptiva, valiente y visionaria. Disruptiva dentro de su propio partido, compuesto en gran medida por personas de linaje aristocrático. Maggie, en cambio, era la hija de un tendero. Esa raíz modesta marcó su visión moral del mundo y de su nación: una ética del esfuerzo, la responsabilidad y el mérito, más cercana a los *little platoon* de Burke que a los proyectos grandilocuentes de los proveedores de la «felicidad organizada», esa ingeniería social diseñada por los socialistas y comprada por los liberales y conservadores tontos de todos los partidos.

Burke hace referencia a la pequeña comunidad en sus *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* como una figura intermedia: una comunidad de afectos y lealtades hacia lo próximo (frente a lo abstracto), que escapa a los grandes y «racionales» planes sobre los que se sustentaba la Revolución

Francesa y que acabaron por expresarse en la guillotina. «Nuestro afecto hacia el núcleo al que estamos vinculados y el cariño hacia el pequeño grupo social al que pertenecemos es el primer principio — el germen, por así decirlo — del afecto a la patria. Es el primer eslabón de la cadena que nos lleva al amor a nuestro país y a la humanidad».

A más de un lector familiarizado con Thatcher le sorprenderá la cercanía de la Dama de Hierro con Burke — citó en más de un discurso este párrafo en concreto —, sobre todo si recordamos las declaraciones suyas sobre la sociedad que los medios tergiversaron. Los titulares destacaban que afirmaba que «la sociedad no existe», pero omitían lo que seguía: «la sociedad no existe. Hay individuos, hombres y mujeres, y hay familias». Hay cuerpos intermedios.

En aquellos años — como se ha vuelto a olvidar después, permitiendo avanzar proyectos colectivistas y contrarios a los principios más básicos de los derechos fundamentales, del principio de representatividad y sus límites, o de la planificación soviética — el signo de los tiempos era, como hoy, liquidar todos los espacios de libertad. Thatcher vino a imponer un tiempo nuevo, al mismo tiempo que perseguía recuperar la autoestima nacional del Reino Unido y poner fin a la imagen de «una nación en retirada».

Otra característica destacable de la Dama de Hierro fue su voluntad de acabar con la manía de gobernar con el permiso de quienes habían perdido las elecciones. Gobernó cumpliendo con el programa con el que se había presentado, sin moldearlo por temor a que las decisiones gozaran de buena prensa entre la opinión publicada — y la pública —. Su carácter valiente y rebelde, que en más de una ocasión le granjeó el desapego de sus compañeros de partido y motivó la puñalada final, la hizo claramente distinguible y distinguida por sus homólogos de otras naciones, como Ronald Reagan.

Su firmeza y determinación quedaron demostradas no solo a la hora de implementar medidas económicas, sino también en su modo de enfrentar las campañas de asesinatos del IRA, que decidió llevar los atentados terroristas de Irlanda del Norte a Inglaterra. No sabemos si leyó el poema de Kipling *Ulster* (1912) -y, en concreto, el verso «se sabe, a fin de cuentas. Ceder es perecer»- no cedió ante los actos de propaganda por el terror, aun siendo ella misma víctima del atentado perpetrado en Brighton, en el hotel donde se alojaba junto a otros miembros del Partido Conservador. Se encontraba allí con motivo de la convención del partido y, lejos de cancelar el evento, Thatcher mantuvo su discurso horas después del atentado. Cancelarlo sería conceder una victoria: «Fue un intento no sólo para

romper y poner fin a nuestra Conferencia, fue un intento de paralizar el Gobierno democráticamente elegido de Su Majestad. Esa es la magnitud de la indignación que todos hemos compartido, y el hecho de que nos hemos reunido aquí hoy -golpeados-, pero compuestos y determinados, es un signo no sólo de que este ataque ha fallado, sino que todo intento de destruir la democracia a través del terrorismo fracasará». No era la primera vez que el terrorismo golpeaba su entorno: antes ya habían segado la vida de personas cercanas, como Airey Neave, uno de sus colaboradores más próximos antes de llegar a Downing Street, portavoz para Irlanda del Norte del Partido Conservador y destinado a ocupar la cartera del Ulster en un futuro gobierno *tory*. Nada alteró su determinación.

Pero hay otro rasgo de su pensamiento que hoy resulta de enorme actualidad: su visión sobre los organismos internacionales y sobre el Estado-nación. Muy en particular, en lo relativo a la Unión Europea. En este sentido, es muy interesante acudir tanto a su discurso ante el Colegio de Europa (septiembre de 1988), conocido como el *Discurso de Brujas* -que editó en español en abril de 2024 el Instituto Res Pública (Chile)- como el primer tomo de sus memorias *Los años de Downing Street*.

Ese discurso, el de Brujas, podría ser asumido, en gran parte, por los partidos que integran hoy los grupos de Patriotas por Europa y de Conservadores y Reformistas. En su intervención, Thatcher señalaba que la idea de Europa «no es propiedad de ningún grupo ni institución». No es un fin en sí mismo (obsérvese que hoy todo aquel que cuestiona la dirección de la Comisión Europea — de populares, socialistas, verdes, etc. — es automáticamente tildado de «antieuropeo»). Insistía además en que la Comunidad Europea era una manifestación de la identidad europea, «pero no la única». «Pertenece a todos sus miembros. Debe reflejar las tradiciones y aspiraciones de quienes forman parte de ella».

Por último, aunque la totalidad del discurso merece ser leída — y en algunas cosas podremos estar en desacuerdo, claro que sí —, advertía que aquel organismo, que debía basarse en la cooperación voluntaria entre Estados, estaba tomando una deriva centralizadora siguiendo el ejemplo de la Unión Soviética, y subrayaba que era un error tratar de hacer de la Unión unos Estados Unidos de Europa.

Thatcher detectó, además, cómo muchos dirigentes europeos habían hecho una lectura errónea de la Segunda Guerra Mundial, con efectos negativos para la supervivencia de los Estados-nación — una preocupación muy presente en sus intervenciones —. Así escribía en sus memorias:

«Así que de la Segunda Guerra Mundial extraje una lección que distaba mucho de la hostilidad hacia la nación-estado manifestada por algunos estadistas europeos de la posguerra. Mi punto de vista era —y es— que solo será posible construir un internacionalismo eficaz si lo hacen naciones fuertes que pueden recurrir a la lealtad de sus ciudadanos para defender y hacer respetar las normas civilizadas de conducta internacional. Un internacionalismo que procure suplantar a la nación-estado, sin embargo, pronto se irá a pique ante la realidad de que muy pocas personas están dispuestas a llevar a cabo sacrificios auténticos por él. Por lo tanto, es probable que degenera hasta convertirse en una fórmula para debates interminables y muchas lamentaciones».

Son muchas las cualidades de *Mrs. Thatcher*, y sus políticas supusieron un revulsivo en el ámbito cultural, político y económico. No todas sus decisiones fueron acertadas — como señaló después algún intelectual de su propio ecosistema, como John Gray —. Pero, si hay algo incuestionable, es su actitud valiente y tenaz para hacer frente a las grandes adversidades e ir a contracorriente de los mantras de su tiempo, siendo fiel a sí misma, como si su único temor consistiera en defraudarse a sí misma y a las ideas que defendía.



Margaret Thatcher y la cultura popular

Víctor Lenore

Periodista y crítico cultural

La primera ministra conservadora impactó profundamente en el pop, la literatura y el cine. El odio que vertieron los intelectuales a paletadas contrastó con su apoyo popular

Hay una paradoja que resulta estimulante, señalada por el periodista John Harris en *The Guardian*, que radica en que Margaret Thatcher no era persona muy interesada en la cultura, pero aún así logró cambiarla de una forma en que muy pocos políticos han sido capaces. Le gustaba, sobre todo, releer los libros de Frederyck Forsyth y le interesaba tan poco la poesía pop que su canción preferida era una instrumental, titulada «Telstar» (The Tornados). El novelista anglopaquistaní Hanif Kureishi afirmó con razón que ella «no entendía el lugar central que ocupan las artes en la vida británica, ni lo bien que se le da a Gran Bretaña la producción de libros, películas, teatro y música». Su condición de hija de un frutero la acercaba al ciudadano común y la alejaba del mundo del arte y de las élites progresistas.

Uno de sus críticos más implacables fue Paul Weller, líder de las bandas *mod* The Jam y The Style Council. «Con el thatcherismo, tenías una postura muy clara, ¿verdad? Radicalizó a mucha gente. No podías quedarte de brazos cruzados, viendo lo que le estaba pasando al país: el desmantelamiento de los sindicatos, el desempleo y la desintegración de las comunidades;

en definitiva, todo. Así que te posicionabas en un bando o en el otro, y eso se reflejó en mi obra». The Jam le dedicaron su himno clásico «Town called malice», que hace un retrato de los peores años del thatcherismo — 1981 y 1982 —, cuando el país soportaba tres millones de parados y perdió una quinta parte de su capacidad manufacturera.

Las canciones pop contra el thatcherismo son ya un género en sí mismo: The Specials hicieron otro retrato sombrío de aquellos años en «Ghost Town», mientras Morrissey compartía sus fantasías sádicas con la explícita «Margaret on the guillotine» y Elvis Costello cantaba una joya escrita por Robert Wyatt titulada «Shipbuilding», que retrata la alegría y la melancolía de un pueblo con astilleros cuando sube la carga de trabajo debido a la guerra de las Malvinas. Por supuesto, el punk tardío también tomó inspiración de Thatcher, por ejemplo, la canción del colectivo anarquista Crass sobre aquella guerra, cuyo título se puede traducir como «¿Qué se siente al ser la madre de mil muertos?».

En abril de 2013, cuando Thatcher falleció, enseguida entró en el top cinco de ventas la canción «Ding dong, la bruja ha muerto», que interpretó Judy Garland para la versión clásica de *El mago de Oz* (1939). Por supuesto, eran izquierdistas que la compraban en Internet para celebrar que la líder *tory* ya no estaba entre nosotros. Especialmente combativos fueron los fans del Liverpool, club obrero por excelencia de la Premier League. Algunos aficionados desplazados al Madjeski Stadium para ver el partido entre el Reading y su equipo mostraron pancartas relativas al reciente fallecimiento: la famosa «Ding dong, la bruja ha muerto» y otra que decía «No te importó cuando mentiste, no nos importa que hayas muerto», alusiva a la tragedia de Hillsborough. La hinchada roja siempre ha reprochado a Thatcher no haber hecho lo suficiente por esclarecer el suceso en la que perdieron la vida 96 personas.

Casi todos los periodistas culturales coinciden en que la gran novela del thatcherismo es *Dinero* (1984), de Martín Amis. En vez de dirigir sus dardos hacía la líder conservadora, como hizo el premio Nobel de literatura Harold Pinter, Amis prefirió mostrar las consecuencias humanas del thatcherismo en un protagonista partidario del giro neoliberal, consumido por el cinismo y el hedonismo. John Self, un individualista irreductible, es un ejecutivo de la publicidad que vive a todo trapo entre Londres y Nueva York, paseando su adicción al porno, la cocaína y el dinero.

Respecto al cine, el gran crítico del thatcherismo es Mike Leigh, autor de la inquietante película *Mientras tanto* (1983), que retrata una familia de cuatro miembros donde la madre es la única que no está en el paro. El

aburrimiento, la falta de sentido y la frustración por la falta de oportunidades destroza los vínculos entre los personajes, que solo pueden agarrarse a la tabla de salvación del humor. Leigh también analizó el desmantelamiento del Estado del Bienestar en cintas como *High hopes* (88) y *Naked* (93), que reflejaban su postura de que Thatcher impuso una visión «mezquina» del país, donde el éxito económico estaba por encima de la solidaridad y la cultura colectiva. Además, ha criticado cómo su gobierno trató la cultura, promoviendo una visión más comercial y utilitaria (en realidad, más sensible a los usuarios, según los partidarios de la líder).

Más allá de Leigh, que se centraba en dramas cotidianos, Ken Loach cogió la antorcha del rechazo al legado político de Thatcher con películas tan crudas como *Agenda oculta* (1990), crónica del enfrentamiento armado en Irlanda del Norte. Abriendo un poco más el ángulo histórico, firmó el documental *El espíritu del 45* (2013), sobre la cultura laborista que arranca con el fin de la Segunda Guerra Mundial y termina en los ochenta con el triunfo de *Maggie*. Otros ángulos distintos para cuestionar el thatcherismo desde el cine son *Mi hermosa lavandería* (1985), de Stephen Frears, cuya acción transcurre en el Londres migrante y *queer* de aquellos años; también la exitosa *Full Monty* (1997), comedia acerca de la supervivencia tras la destrucción de los viejos vínculos obreros; y, por último, *La Dama de Hierro* (2021), retrato de la *premier* vulnerable y crepuscular que le valió un Oscar a Meryl Streep.

Para los titiriteros satíricos de *Spitting Image*, la popular serie de televisión de la década de los ochenta, Thatcher era una déspota que fumaba puros, una carnicera con un cuchillo ensangrentado o una líder dominante en un Gabinete de eunucos. «Ella fue una de las principales razones por las que hicimos *Spitting Image*. Sabía por qué lo hacía y habría matado a mi madre por hacerlo. Sabía lo que pretendía retratar, cosas como la brutalidad descerebrada de la guerra de las Malvinas. Las marionetas eran simplemente versiones aumentadas de la realidad, así que había tres Thatchers: una que te hablaba como si tu perro hubiera muerto; otra que te gritaba y otra que echaba espuma por la boca. Nunca hubo una Thatcher sonriente. ¿Qué sentido tendría?», explica Roger Law, uno de los dos creadores del programa.

¿Por qué sigue Thatcher despertando tanto odio medio siglo después de que triunfase en la política británica? Muy sencillo: porque pasó como un rodillo por encima del laborismo, dejándolo hecho fosfatina. En una ocasión, siendo ya exministra, le preguntaron a cuál había sido su mayor logro y herencia. Su respuesta sonó demoledora: «Tony Blair y el nuevo laborismo. Hemos obligado a nuestros adversarios a cambiar de opinión», soltó

sin vacilar. Blair, quien fue duramente criticado por su decisión de apoyar al presidente George W. Bush en la invasión de Iraq en 2003, hablaba de cómo Thatcher fue «inmensamente amable» con él. «Siempre pensé que mi trabajo era construir sobre algunas de las cosas que ella había logrado en lugar de revertirlas», explicó Blair, para frustración de gran parte de su electorado.

Tras todos los experimentos políticos fallidos del siglo XX, Thatcher logró imponer la idea de que «no existe la sociedad, solo individuos y familias». Acuñó las exitosas siglas TINA, que responden a la frase «There is no alternative», celebrando que el neoliberalismo es el paradigma triunfante de nuestra época. Desprestigió el estado de bienestar, desguzó a los sindicatos y aún así tuvo un enorme apoyo popular. Fue implacable persiguiendo la victoria, así como yendo a la raíz de la batalla cultural, como demuestra su frase «la economía es el método, el objetivo es cambiar las almas de la gente». En sus años de mandato confirmamos que los británicos aman el orden, los discursos sin pretensiones y honrar las tradiciones nacionales, mucho más que experimentar con soluciones sociales vanguardistas.

En una entrevista en la que hablaba sobre la fe protestante, Margaret Thatcher llegó a decir que la pobreza en los países desarrollados se manifiesta como una «incapacidad para la previsión y el ahorro» que tiene su origen en un «grave defecto de la personalidad». Despreciaba las «llamadas a solidaridad», los «mecanismos de redistribución de la riqueza» y cualquier variante de la «justicia social». Thatcher resumía su marco político en la «teoría de las dos naciones»: una laboriosa, honrada y buena que recibe su justo premio en forma de integración cultural y renta salarial. Y otra de vagos, adocenados y parásitos que recibe su merecido en forma de pobreza y exclusión. Completamente ajena a la cosmovisión católica, opinaba que quien utiliza el transporte público después de los treinta años es un fracasado.

Stuart Hall, un prestigioso sociólogo británico de origen caribeño, militante del marxismo gramsciano, fue uno de los intelectuales que más se interesó por el enorme poder político del thatcherismo, sobre todo por su capacidad para noquear a los laboristas. Thatcher se hizo querer, entre otros factores, por no caer en las retóricas vendehumos del progresismo respecto al futuro: «*No prometió una sociedad obsequiosa. Dijo ‘tiempos de hierro’, manos atadas, labios sellados, sigue adelante, sube a la bici, toma posición. Sostened con las viejas y probadas verdades la sabiduría de la vieja Inglaterra. La familia ha mantenido a la sociedad unida; mantened su ejemplo. Enviad a las mujeres de vuelta al hogar. Poned a los hombres a defender*

la frontera noreste. Tiempos difíciles a los que, algún día, seguiré el regreso de los buenos tiempos. Os pido que os atéis el cinturón, no durante un tiempo, sino dos y tres. Al final, digo, podré redefinir la nación de tal manera que todos vosotros, por primera vez desde que el imperio empezó a irse por el desagüe, sentirá cómo es ser parte de una Gran Bretaña sin límites. Seréis capaces, una vez más, de enviar a nuestros chicos ahí fuera, de ondear la bandera, de recibir de vuelta a la flota. Gran Bretaña será grande otra vez», parafraseaba Hall en 1988. Por supuesto, fue uno de los grandes precedentes del trumpismo, otro movimiento político tan amado como odiado.



Margaret Thatcher en su centenario

Carlos Esteban

Periodista y colaborador de La Gaceta de la Iberosfera

Pegado a la Plaza de Colón de Madrid, alguien diría que incrustado en ella, hay un modesto espacio de titularidad muy oportunamente privada pero de uso público que, gobernando la alcaldía Ana Botella y siendo presidente del Partido Popular Esperanza Aguirre, recibió oficialmente el título rimbombante de Plaza de Margaret Thatcher. El sitio no tiene nada especial, e incluso para la gente del barrio posiblemente sea un lugar ignorado, tanto como la emblemática política de finales del siglo pasado que le dio el nombre.

Históricamente hablando, fue ayer por la tarde. Este mismo mes, el 13 de octubre, la primera ministra conservadora británica, Margaret Thatcher, hubiera cumplido cien años, una hazaña improbable pero no imposible. Y, sin embargo, se diría que han pasado eones en el panorama político de la derecha.

Fue un tiempo de triunfo arrollador, el regreso imparable de la derecha en el mundo de la mano de dos anglos a ambas orillas del Atlántico, Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y con ellos llegaba el Fin de la Historia, se derrumbaban los muros, la Unión Soviética, que tantos comentaristas descontaban como eterna, izaba la bandera blanca en la Guerra Fría y liquidaba el comunismo. A China, pensaban todos, le quedaban dos telediarios, y la izquierda en general parecía condenada a languidecer, desmoralizada sin su referencia implícita, hasta desaparecer con un gemido, no con una explosión.

Hoy sabemos que aquellos años de vino capitalista y rosas liberales fueron un espejismo, una chispa en la sartén, como dicen los anglos, pero aún hoy la Dama de Hierro mantiene su condición de musa de la derecha liberal búmer. Volvió la izquierda con nuevos proletariados --mujeres, minorías sexuales, inmigrantes, bebés foca-- y recuperó con nuevos bríos su superioridad cultural y moral, mientras los retratos de Thatcher y Reagan amarillean en los despachos de canosos liberales.

Como sucede a menudo en la historia de los héroes, Thatcher se elevó en un momento oscuro, de profunda crisis, en el partido político más antiguo del mundo, el conservador. La Gran Bretaña de la posguerra era un país marcadamente socialista, con un Partido Laborista en la cresta de la ola. Las principales industrias habían sido nacionalizadas y los sindicatos, verdaderos «padrinos» del laborismo, imponían su voluntad a los sucesivos gobiernos. Y, va de suyo, nada funcionaba.

En octubre de 1975, en el primer Congreso del Partido Conservador que lideró, Margaret Thatcher, la hija de un tendero, pronunció un discurso en el que calificó al socialismo como el mayor enemigo de la libertad y se deshizo en elogios de la propiedad privada, los mercados, la libertad, los gobiernos pequeños y la libertad de elegir. Es decir, un mensaje a contracorriente de lo que se había convertido en dogma político. Y cuatro años después, en 1979, llegó al poder y tuvo la ocurrencia de poner en práctica todo lo que había defendido hasta entonces.

Empezando por dismantelar la estructura industrial del Estado. El éxito de su programa de privatización, de lo que llamaba «capitalismo obrero», fue inmediato y transmitió su entusiasmo a la población. El apoyo popular al sistema era tal que, en 1991, cuando fue sustituida por John Major en el 10 de Downing Street, poco más de un tercio de los votantes apoyaban a los laboristas, la mitad que al final de la guerra.

El intervencionismo estatal había sido enormemente popular cuando empezó a aplicarse el Estado del Bienestar en la posguerra, pero a finales de la década de 1970, la esclerosis del sector público amenazaba con paralizar Gran Bretaña. Aquí es donde el antiestatalismo liberal encontró un terreno intelectual cada vez más fértil.

Alguien que, como Margaret Thatcher, se había hecho a sí misma, naturalmente prefería sujetarse a las fuerzas del mercado del sector privado que a una burocracia estatal. Las empresas privadas, que tienen que responder ante unos accionistas, apenas pueden permitirse caer en el clientelismo y el

amiguismo. Por eso Thatcher se opuso frontalmente al conservadurismo paternalista del ex primer ministro Harold Macmillan, al que acusaba de elitista.

Con ella el gobierno vendió monopolios públicos, redujo impuestos gracias a las ganancias obtenidas y las cotizaciones se dispararon, generando beneficios para unos inversores en cuyas filas figuraban ahora millones de británicos del común--el capitalismo popular--que habían sido empleados o clientes de estas empresas.

Pero el entusiasmo no duró mucho, y en 1997 los conservadores fueron derrotados por uno de los mayores márgenes de su historia. ¿Qué había pasado? Thatcher había desplegado la misma fe ingenua en la «magia» del mercado que caracteriza a la mayoría de los liberales, y las cosas no salieron como estaba previsto en los libros. Los precios cayeron, pero no proporcionalmente a los recortes de costos y las ganancias de productividad. Muchos servicios «no rentables» se suprimieron. La mayor empresa de autobuses privatizada fue acusada de prácticas monopólicas despiadadas. El sistema de agua se averió, mientras que las tarifas a los consumidores aumentaron. El precio de la luz bajó para las grandes empresas, pero subió para los particulares. Creció la desigualdad económica, los salarios se estancaron ante las crecientes ganancias de las empresas privatizadas. Los recortes de impuestos financiados por su liquidación resultaron beneficiar principalmente a los ricos.

Con Thatcher, Gran Bretaña había pasado de un dogma al contrario, de «el Estado siempre tiene la razón» a «el Estado siempre se equivoca», al menos económicamente. Y no había mucho más en el mundo mental de Thatcher, nada que la derecha hoy en ascenso--la soberanista--reconozca como parte del núcleo duro de su ideario. Es cierto que Thatcher se oponía a la inmigración masiva, pero no por un motivo asociado a la pérdida de identidad nacional o por problemas de convivencia, sino por una razón absolutamente pragmática: no caben.

De hecho, su acérrimo individualismo, su aborrecimiento hacia toda concepción colectiva, le llevó a afirmar que «la sociedad no existe». Por tanto, tampoco la británica; solo existen individuos aislados, como átomos flotando en el éter. Curiosamente, su socio al otro lado del Atlántico mostró la misma ceguera, con la diferencia de que en Estados Unidos sí cabían más, y por eso fue uno de los presidentes que más ha hecho por alentar la inmigración masiva.

Lo fascinante de recordar la figura de Margaret Thatcher hoy es el enorme contraste entre el símbolo en el que se convirtió casi instantáneamente y

su irrelevancia actual. Para quienes vivimos aquel tiempo, el thatcherismo tenía el sabor de lo definitivo. No era solo la derecha presente y triunfante del momento: era su único futuro posible. Después de Thatcher ya solo cabían matices, combinaciones con repetición de su mensaje, mientras el resto de las contestaciones a la izquierda moría en una muerte rápida e inevitable.

Sin embargo, el colapso del thatcherismo fue casi tan veloz como su ascenso. No solo desapareció, sino que lo hizo sin dejar apenas rastro. Se convirtió ciertamente en un icono, mantuvo una cohorte de seguidores, pero no en la política real, operativa, salvo, quizá, paradójicamente, en el país al que se enfrentó en la última guerra que libraron ambos, Argentina.

Thatcher cambió irrevocablemente, al menos, la política de su país. El siguiente jefe de gabinete laborista, el incombustible Tony Blair, abolió el Artículo 4 de la carta fundacional de su partido que le obligaba a buscar la nacionalización de las grandes industrias y, de hecho, no revirtió las privatizaciones.

Pero la derecha vuelve hoy a ser el bando emergente en la política nacional, el que surge con más fuerza, el único que ofrece ideas nuevas en un panorama dominado por una izquierda oficialista que hace tiempo dejó de aportar novedad alguna. Pero esta vez se trata de una derecha que no debe nada a la que abanderaba Thatcher, que se opone incluso visceralmente a su modelo con un olvido que tiene mucho de generacional.



La política educativa de Margaret Thatcher: calidad y mérito académico

Alicia Delibes

Profesora y experta en educación

En junio de 1970 el primer ministro conservador Edward Heath nombró a Margaret Thatcher ministra de Educación y Ciencia. A Thatcher no debió de sorprenderle demasiado el nombramiento pues desde hacía dos años formaba parte del gabinete en la sombra como encargada de los asuntos de educación. Thatcher conocía bien la política educativa que había llevado a cabo el partido laborista entre 1964 y 1970.

Antes de que finalizara la Segunda Guerra Mundial, un ministro conservador del gobierno de Churchill, Red Butler, elaboró una ley de educación estatal que algunos intelectuales británicos han considerado como la mejor que ha tenido Inglaterra. La *Education Act 1944*, conocida como ley Butler, ampliaba la obligatoriedad de la educación hasta los 15 años mediante un sistema de enseñanza secundaria tripartito. Al finalizar la enseñanza primaria, a los 11 años, todos los niños británicos tenían que pasar un examen, el llamado *Eleven plus (11+)* y, según los resultados que obtuvieran, matricularse en uno de los tres tipos de escuela que la ley establecía: *grammar school*, *technical school* y *modern school*.

Para ingresar en una grammar era preciso haber aprobado el examen 11+. En las grammar, a imitación de las más prestigiosas y privadas public

schools, se impartía una formación académica exigente que preparaba a los escolares para acceder a las mejores universidades del país.

Además de estos tres modelos, en lugares pequeños abrían las que se llamaban *comprehensive schools* a las que podían acudir todos los niños de la localidad al cumplir los 11 años, independientemente de sus resultados en el examen *11+*.

Los laboristas estaban en contra del sistema tripartito y, en especial, de las *grammar schools*. No les parecía aceptable que el Estado mantuviera unas escuelas que seleccionaban a los alumnos. Cuando en 1964 el laborista Harold Wilson alcanzó el poder nombró ministro de Educación a Anthony Crosland, un hombre educado en las mejores escuelas privadas, que se había distinguido por su especial inquina a las selectivas y elitistas *grammar schools*. Crosland era autor de un libro, *The future of socialism (1956)*, en el que sostenía que el laborismo debía abandonar su objetivo de nacionalizar la industria y concentrarse en lo que sería mucho más eficaz a la hora de lograr una sociedad igualitaria: el control absoluto de la educación.

Nada más ocupar su cargo, Crosland dictó una orden mediante la cual todas las nuevas escuelas que se crearan debían ser *comprehensive*. Las *grammar* existentes tendrían que ir transformándose en el modelo comprensivo. Con todo ello, el examen *11+* iría perdiendo su valor.

Si bien esa selección a los 11 años era odiada por casi todos los laboristas, también lo era por una buena parte de los conservadores. Contaba Margaret Thatcher en su libro *El camino hacia el poder, (The Path to Power, 1995)* que en su partido había cuatro sensibilidades distintas: la de quienes pertenecían a familias que siempre había escolarizado a sus hijos en colegios privados y no tenían ninguna opinión sobre la enseñanza pública; la de quienes sus hijos, o ellos mismos, habían suspendido el examen y habían sido excluidos de las buenas escuelas; la de los profesionales ligados a la educación y contagiados de su fe igualitaria; y, por último, la de quienes, como ella, habían disfrutado de una buena enseñanza en una *grammar school* y no querían de ningún modo que estas escuelas desaparecieran.

En *El camino hacia el poder* Margaret Thatcher da cuenta del ambiente «*socialista con pretensiones de superioridad moral*» que se respiraba en el Ministerio de Educación. Un ambiente que le hizo comprender lo difícil que sería su tarea, pues la filosofía igualitaria estaba ya tan extendida que hasta los conservadores creían en la superioridad moral del modelo *comprensivo*.

Como ministra de Educación, Thatcher amplió la edad de obligatoriedad de la educación hasta los 16 años y suprimió la orden de Crosland. Poco más pudo hacer. Para su disgusto, tuvo que ver cómo cada vez se abrían más escuelas comprensivas al tiempo que términos como selección, mérito, disciplina o exigencia quedaban totalmente suprimidos del lenguaje educativo.

Quizás aquella desagradable experiencia hizo que, una vez alcanzado el poder en mayo de 1979¹, esperara hasta su tercer mandato para emprender la reforma de la educación británica que consideraba imprescindible. En las memorias de sus años de gobierno, *Los años de Downing Street (1993)*, describió las bases de su política educativa y las dificultades a las que tuvo que hacer frente para llevarlas a la práctica.

Dos asuntos eran para ella fundamentales: ampliar la libertad de los padres para elegir colegio y lograr que los escolares alcanzaran el dominio de ciertos conocimientos básicos, al menos en lectura, escritura y aritmética, algo que en las *comprehensive schools* no estaba garantizado.

La mayor libertad de elección suponía, por un lado, ampliar las posibilidades de financiación de colegios privados que ya establecía la ley de 1944 y, por otro, introducir variedad en la oferta de la enseñanza estatal. En cuanto a su deseo de asegurar unos conocimientos básicos, para poder realizarlo era necesaria la elaboración de un nuevo plan nacional de estudios.

En base a estos principios, Kenneth Baker, ministro de Educación, desde mayo de 1986 a julio de 1989, elaboró la *Education Reform Act 1988*. La reforma incluía importantes medidas que afectaban, fundamentalmente, a las escuelas estatales de secundaria.

Se crearon los *City Technology Colleges* (CTC) como centros públicos que ofrecían una formación técnica y profesional de calidad. Se trataba de *comprehensive schools*, generalmente situadas en áreas deprimidas, en las que se ponía especial énfasis en el estudio de las matemáticas, ciencias y tecnología. Estas escuelas podrían buscar patrocinadores en el mundo de los negocios y de las empresas.

La idea era que estas CTC se convirtieran en centros de referencia para

1 Margaret Thatcher gobernó el Reino Unido desde el 4 de mayo de 1979 hasta el 28 de noviembre de 1990.

otras *comprehensive schools* en los que se investigaran nuevas formas de enseñanza y se formaran profesores. El proyecto de las CTC fue bien recibido no sólo por los conservadores, sino también por algunos miembros del Partido Laborista, lo cual no evitó que recibiera también fuertes críticas de los laboristas más fieles a sus principios igualitarios, que tachaban el proyecto de privatizador y elitista.

En cuanto a los colegios privados, a Thatcher le hubiera gustado establecer un cheque escolar, pero, aconsejada por su gobierno decidió investigar otras vías de financiación. Finalmente, la ley de 1988 contempló la posibilidad de establecer plazas subvencionadas e incluso la creación de escuelas financiadas por el Estado (*Grant-maintained Schools*, GMS) pero nada decía del bono escolar.

Mayores obstáculos encontró Thatcher a la hora de elaborar un plan nacional de estudios. A pesar de su experiencia como ministra, seguía sorprendiéndose al ver la resistencia al cambio, tanto del propio Departamento de Educación como del cuerpo especial de inspectores (*Her Majesty's Inspectorate*). Para ella, el objetivo era muy claro, se trataba de establecer aquellos contenidos concretos que todos los escolares han de aprender, y decidir cuándo deben hacerlo. Al mismo tiempo, se debían poner exámenes sencillos que permitieran comprobar si los alumnos aprendían aquello que se esperaba que aprendieran. Sin embargo, esto, que parecía tan evidente, estaba muy lejos de ser el deseo de la multitud de pedagogos y expertos en educación con los que su ministro Baker tenía que vérselas. «*Jamás imaginé que acabaríamos enfrentándonos a la burocracia y el marasmo de las prescripciones que finalmente surgieron*», recordaría Thatcher más tarde.

Después de verse obligado a retirar varios borradores, Baker, con no pocas dificultades consiguió elaborar el *National Curriculum 1989* que marcaba los niveles de conocimiento en Lengua inglesa y Matemáticas que los escolares debían alcanzar a los 8, 10, 12, 14 y 16 años y establecía un sistema de exámenes externos en estas materias cada dos años a lo largo de la enseñanza obligatoria. Los resultados obtenidos en la enseñanza primaria y la evaluación de 12 años servirían para formar los grupos al comenzar la secundaria. Al final de la etapa obligatoria, a los 16 años, todos los escolares debían pasar el examen de *General Certificate of Secondary Education* (GCSE). Los colegios harían públicos sus resultados.

Este *National Curriculum* no satisfizo totalmente a la *Dama de Hierro*, que pensó que su ministro había hecho demasiado caso a los teóricos progresistas de la educación que ocupaban una buena parte de la Administración.

«Cuando abandoné el cargo estaba convencida de que era necesario un nuevo impulso para simplificar el plan nacional de estudios y los exámenes».

En 1997 el laborista Tony Blair arrebató el poder a los conservadores con un solo lema de campaña: *Education, Education, Education*. Blair sorprendió a muchos miembros de su partido cuando, una vez nombrado primer ministro, hizo suyas las iniciativas conservadoras y emprendió una serie de reformas que supusieron un cambio total de dirección en la política que los laboristas habían defendido desde la Segunda Guerra Mundial.

No es de extrañar, pues, que los socialistas del siglo XXI o populistas de izquierdas, descalifiquen hoy a Tony Blair porque, según ellos, abrazó el neoliberalismo y traicionó los principios socialistas.

En lo que se refiere a los planes de estudio, el rastro de Margaret Thatcher sigue vivo en el mundo de la educación. Y es que, aunque raramente se pronuncia su nombre, los políticos que quieren de verdad hacer algo positivo para mejorar los resultados del sistema de enseñanza, coinciden con ella en que lo fundamental es que se disponga de currículos claros y se implanten exámenes a lo largo de la educación obligatoria.



Margaret Thatcher: la palabra y la espada

Rubén Herrero de Castro

Profesor en la Facultad de Ciencias Políticas de la UCM

«Cualquier líder debe tener una cierta cantidad de acero, así que no me molesta que me llamen la Dama de Hierro»

Se cumplen cien años del nacimiento de uno de los políticos más influyentes de nuestra historia contemporánea, Margaret Thatcher. Pocos como ella, han influido en una época, la Guerra Fría, de forma decisiva para derrotar al comunismo junto a Ronald Reagan, San Juan Pablo II y Lech Walesa. Y pocos como ella, dejan tras de sí, un legado de acciones e ideas del que surgirán líderes y liderazgos como el de Violeta Chamorro, Viktor Orban, Georgia Meloni, Marine Le Pen, André Ventura y Santiago Abascal entre otros.

Su biografía es la historia de una luchadora sin cuartel, en una época donde ser mujer implicaba barreras adicionales. Ante esta contrariedad, lejos de pedir cuotas o privilegios, luchó sin descanso para convertirse primero en una mujer formada y después en un referente político. Ella tenía claro que, si la mujer disponía de las mismas oportunidades, no hacía falta más que tesón, mérito y trabajo para estar a la misma altura.

Hija de un comerciante con los medios justos para sacar a su familia hacia delante, solicitó becas, tanto en la educación superior como en la Universidad de Oxford, donde obtuvo un Grado en Ciencias en 1947 y

ejerció posteriormente como investigadora química. Durante su formación y ejercicio profesional, ya mostraba unas aptitudes singulares y sobresalientes para la política y desde los años cincuenta ocupará distintas responsabilidades en el Partido Conservador, destacando los cargos de ministro de Educación (1970-1975), líder de la oposición (1975-1979) y finalmente primer ministro del Reino Unido (1979-1990). Este último mérito, acompañado por el hecho de conseguir una triple victoria electoral consecutiva, hecho inaudito en las democracias liberales, donde la alternancia política suele ser una característica propia del sistema. Ocupará este último cargo en una época de hierro y coexiste en paralelo con otra Estadista brillante y singular como ella misma, Golda Meir.

Será en ese periodo de la Guerra Fría cuando recibió su conocido apodo de Dama de Hierro, al hilo de un discurso que pronunció en 1976 en el Ayuntamiento de Kensington. Decía en aquella ocasión: *«Los rusos se empeñan en el dominio del mundo y rápidamente están adquiriendo los recursos ello. Los hombres del Politburó soviético no tienen que preocuparse por el flujo y el reflujo de la opinión pública. Ponen las armas antes de la mantequilla, mientras nosotros ponemos casi todo antes que las armas».*

Como respuesta a ese discurso, fue irónicamente tildada así por el Ministerio de Defensa Soviético. Nada más próximo a la realidad. Una dama con una voluntad y determinación de hierro para mirar a la cara de la izquierda británica y del comunismo internacional, señalarlos como la siniestra farsa que eran (y son) y derrotarlos.

Ese discurso de Kensington señalaba la debilidad del bloque occidental frente a la Unión Soviética, calificada acertadamente por Ronald Reagan como el «Imperio del mal». Y en un entorno anárquico como era la sociedad internacional entonces y sigue siendo ahora, la defensa de lo bello y lo bueno se obtiene a través de la fuerza en las convicciones respaldadas por la fuerza de la espada si fuera necesario. La Guerra Fría contra el comunismo no se ganó solo con ideas, se ganó haciendo saber a enemigo que cualquier agresión le saldría cara. Y la actual guerra contra el islamismo, los restos del comunismo y los estados tramposos se ganará de igual manera. Duele ver a Europa rendida a los pies de los caballos ante la invasión islámica, la guerra de agresión rusa y los falsos profetas de la unión farisea. Es dramático ver la decadencia de Europa, sin soberanía militar, política y energética, paralela a la decadencia de las antaño patrias poderosas. Duele ver a una Europa que renuncia a su Historia, sus valores y su herencia judeocristiana para adorar el becerro de oro de la burocracia y de las tesis pseudocientíficas del fundamentalismo climático, del género y

de la falsificación de la Historia. Por fortuna, el espíritu de grandes patriotas como Margaret Thatcher, Vaclav Havel y Lech Walesa, inspiran a una revolución patriótica que recorre el planeta obteniendo sonoras victorias políticas contra el marxismo y todas sus desquiciadas derivadas.

Margaret Thatcher vivió tiempos muy difíciles, crisis económicas, la confrontación con la Unión Soviética, la guerra de las Malvinas de 1982 y una salvaje huelga sindical izquierdista en los años 1984 y 1985. Solventó con éxito esos y otros desafíos, con una actitud de hierro ante sus rivales. Nunca se dejó amilanar por sus enemigos ni tampoco por correligionarios de su partido que aconsejaban medidas y actitudes más tibias para tratar de contentar a todos. Consenso y empatía, lo llaman los cobardes y aquellos carentes de valor para tomar las decisiones que han de tomarse, aunque sean amargas. A este respecto, Margaret Thatcher decía: *«Si te propones agradar, estarás dispuesto a ceder en cualquier cosa en cualquier momento y no lograrás nada»*.

Palabras que advertían contra el mal de los tiempos modernos, el relativismo moral, donde altos conceptos como patria, vida, mujer son negociados y redefinidos para satisfacer oscuros intereses y espurias minorías. Thatcher tenía muy clara cuál debía ser la brújula moral de los individuos libres y de las sociedades ordenadas cuando declaró: *«La libertad se destruirá así misma si no se ejerce dentro de algún tipo de marco moral, algún conjunto de creencias compartidas, alguna herencia espiritual transmitida a través de la Iglesia, la familia y la escuela»*. Unas palabras que son santo y seña del pensamiento conservador que trasciende a épocas y que llega inmaculadas al movimiento patriótico conservador de nuestros días.

Margaret Thatcher fue una dama de estado cuyas palabras elevan al individuo, la vida, la libertad y la propiedad frente a sus adversarios. Y hoy en día, su memoria ha de ser la espada de Chesterton que debe alzarse para defender que el prado es verde.



El legado transformador de la Dama de Hierro

Diego Sánchez De La Cruz

Analista económico y profesor en la UCJC

Este 13 de octubre de 2025 se cumplen cien años del nacimiento de Margaret Thatcher. Una fecha de esta magnitud invita no solo a recordar a la primera mujer que llegó a ocupar el cargo de primer ministro en el Reino Unido, sino también a reflexionar sobre la trascendencia de su legado político. Thatcher no fue una líder cualquiera: su figura marcó un antes y un después en la historia británica, europea y mundial.

En tiempos en los que las democracias occidentales parecen atrapadas en un ciclo de gestión tecnocrática sin rumbo y consensos vacíos, el ejemplo de Thatcher cobra un relieve extraordinario. Su vida demuestra que la política con mayúsculas no consiste en adaptarse pasivamente a las inercias dominantes, sino en plantar cara a la decadencia con un proyecto asentado en ideas claras, principios firmes y valores innegociables.

Hoy, tanto liberales como conservadores deberían volver la mirada hacia ella, pero no con un ánimo nostálgico, como denuncian intelectuales de la talla de Tom Clougherty, director del Institute of Economic Affairs, quien ha alertado del «*thatcherismo zombi*» que siguen profesando las agotadas élites del Partido Conservador británico. No, no se trata de mirar a Thatcher con melancolía, sino de entender sus tiempos y circunstancias y aproximarse a su figura con la voluntad de aprender de quien supo dar significado y trascendencia a un proyecto político.

Thatcher demostró que un país puede revertir una deriva de estancamiento y declive, pero, para ello, es preciso tener convicciones profundas y, más importante aún, el coraje, la capacidad y la inteligencia de traducirlas en acciones reales, tangibles y duraderas.

Una primera ministra movida por principios

He dedicado distintas investigaciones a estudiar un aspecto que resulta revelador: la correspondencia que Margaret Thatcher mantuvo a lo largo de los años con Friedrich Hayek y Milton Friedman. Los archivos de organismos como la Hoover Institution o el ya citado IEA, así como los papeles personales de la propia Thatcher que conserva su fundación, permiten comprobar hasta qué punto la Dama de Hierro fue una política profundamente influida por ideas.

Hayek, autor de *Camino de servidumbre* y uno de los grandes defensores de la democracia liberal en el siglo XX, fue para ella una referencia filosófica y política del más alto rango. En las cartas que intercambió con el austriaco se aprecia la admiración sincera que profesaba hacia quien veía como un verdadero vigía de la libertad. Hayek advertía contra los peligros del intervencionismo creciente, subrayando cómo, poco a poco, el desarrollo de un poderío estatal burocrático y acaparador conduciría a la pérdida de libertades fundamentales, llevando a la nación a un punto de quiebre. Thatcher recogió ese guante y convirtió esas advertencias en inspiración para su agenda de gobierno, que aplicó precisamente en un Reino Unido que, a finales de los años 70, atravesaba una grave crisis económica y, peor aún, caminaba por la escena internacional como un paria que apenas retenía una fracción de la influencia y el prestigio alcanzado en épocas anteriores.

Con Milton Friedman, el intercambio epistolar era más práctico, centrado en los grandes retos económicos del momento. Thatcher consultaba al profesor de la Universidad de Chicago sobre el control de la inflación, sobre el papel del banco central, sobre la importancia de garantizar la estabilidad monetaria como condición para el progreso económico... Friedman respondía con generosidad y detalle, ofreciendo diagnósticos y recomendaciones que a menudo encontraron eco en las políticas de su gabinete.

En las cartas de Thatcher con Hayek y Friedman aparecen también las tensiones políticas del momento. La primera ministra no era indiferente ante los distintos dilemas de un mundo marcado por la Guerra Fría y su correspondencia con Hayek y Friedman muestra cómo siempre trató de navegar

esas aguas desde la convicción de que el socialismo, en cualquiera de sus formas, no es más que una receta segura para la decadencia y la miseria.

La lectura de estos intercambios dejó en mí una profunda huella. Entiendo aquellas cartas como la constatación manifiesta de que Thatcher no estaba en política por estar. Quería lograr un cambio verdadero, de modo que bebía con entusiasmo de las más brillantes fuentes intelectuales de su tiempo y buscaba fundamentos sólidos para sus decisiones.

En vez de temer el debate y la réplica, se alimentaba del diálogo constante con algunos de los pensadores más influyentes de su tiempo. Por tanto, no sorprende que su Ejecutivo actuase de espaldas al cortoplacismo, priorizando siempre una visión de largo plazo y obviando el miedo a resultar antipática o impopular por tomar medidas drásticas o complejas.

Una agenda para revertir la decadencia

Este sustrato intelectual llevó a Thatcher y a sus colaboradores a diseñar una agenda que pretendía dar la vuelta al rumbo socialista que el Reino Unido había seguido en las décadas anteriores. Cuando llegó al poder, en 1979, la economía británica era descrita en los diarios como el «enfermo de Europa». La inflación superaba el 20%, los sindicatos condicionaban la gobernabilidad del país, el sector público se había expandido hasta niveles asfixiantes y el Estado controlaba el 30% de la fuerza laboral a través de gigantes conglomerados empresariales que habían sido nacionalizados.

Thatcher no estaba dispuesta a ser la administradora de la decadencia ni quería limitarse a suavizarla o desacelerarla. Su objetivo era revertirla –y eso es lo que hizo–, merced a un conjunto de medidas que, de forma progresiva, transformaron profundamente la sociedad y la economía británica y sentaron las bases de un ciclo de prosperidad.

Influida por Hayek, pero también por Friedman y los monetaristas de la Escuela de Chicago, la primera obsesión de Thatcher fue controlar la inflación, consciente de que las clases medias y trabajadoras eran cada vez más pobres como resultado de unos precios en continuo aumento y unos salarios en pleno repliegue.

Siendo consecuente con las enseñanzas de los pensadores a los que admiraba, Thatcher aplicó una política monetaria restrictiva, permitió que los tipos de interés subieran y asumió el coste de una recesión inicial para así lograr estabilizar la economía. El resultado fue que la inflación,

que parecía incontrolable, empezó a ceder. Fue una lección de realismo y coraje: prefirió soportar el posible coste político de un ajuste a corto plazo antes que hipotecar el futuro con medidas complacientes.

Otro frente decisivo fue la lucha sin cuartel que libró contra un poder sindical desbocado que condicionaba la producción económica e incluso la gobernabilidad política con sus prácticas extorsionadoras y mafiosas. En los años 70, las centrales de trabajadores habían adquirido un poder desmedido, erigiéndose en organismos capaces de paralizar sectores enteros y de forzar al gobierno a ofrecer todo tipo de concesiones.

Lady Thatcher entendió que sería imposible modernizar la economía sin actuar en este frente. Su pulso con los mineros, en particular, se convirtió en un símbolo de su mandato. Lejos de ceder, resistió la presión y logró reducir drásticamente la conflictividad laboral. Los días de trabajo perdidos por huelgas, que habían llegado a 12 millones en los primeros años de la década, cayeron en picado conforme avanzaba su gobierno.

Esto abrió la puerta a uno de los procesos de privatización más ambiciosos del mundo desarrollado. Compañías emblemáticas como *British Airways*, *British Telecom*, *Jaguar*, *Rover* o *Rolls Royce* pasaron de manos del Estado a manos privadas. Y no se trataba solo de transferir activos: aconsejada por los hermanos Saatchi, exitosos empresarios del sector publicitario que asesoraron a la dirigente conservadora con brillantez, Thatcher promovió un modelo de *capitalismo popular* que pasaba por ofrecer acciones de estas compañías a sus propios trabajadores y al conjunto de la ciudadanía británica, generando una gran masa de accionistas que se convirtieron en partícipes y beneficiarios directos de la nueva economía de mercado. Ocurrió lo mismo con la vivienda pública, que transfirió en condiciones ventajosas a millones de nuevos propietarios.

El tercer pilar sobre el que se apoyaron los cambios introducidos por los *tories* en los años 80 fue una reforma tributaria que puso fin a un sistema impositivo asfixiante. El tipo máximo del IRPF, del 90%, desincentivaba la inversión y castigaba el éxito. Así, desde su primer presupuesto en 1979, con Geoffrey Howe al frente, hasta las reformas que Nigel Lawson impulsó en la segunda mitad de los años 80, Reino Unido vivió una auténtica revolución fiscal. El tipo máximo del IRPF se redujo del 90% al 40%, mientras que el tipo medio pasó del 33% al 25%. Además, el Impuesto de Sociedades bajó del 50% al 35% y, en paralelo, se simplificó y homogeneizó el IVA en torno al 15%. Lejos de reducir los ingresos públicos, estas medidas tuvieron un efecto *lafferiano*: al estimular la actividad económica, la recaudación creció.

Los resultados: del enfermo de Europa al capitalismo popular

Los números hablan por sí solos. Durante la década de Thatcher, el PIB per cápita creció un 35%, el crecimiento medio anual superó el 3%, el déficit público desapareció a partir de 1985, la deuda pública cayó del 50% al 30% del PIB, el gasto público se redujo del 48% al 38% del PIB, el número de británicos propietarios de acciones se multiplicó por cuatro...

Pero, más allá de las cifras, Thatcher logró algo más profundo: devolver la confianza a un país que se percibía a sí mismo en declive irreversible. Recuperó la iniciativa política, convirtió a Gran Bretaña en un referente de modernización liberal y demostró que el empobrecimiento socialista no era un fin irremediable.

A cien años de su nacimiento, Margaret Thatcher sigue siendo una figura polémica, admirada y denostada a partes iguales. Pero incluso sus críticos reconocen que supo cambiar el rumbo de su país de una manera que pocos líderes logran. Su ejemplo demuestra que la política no consiste en gestionar inercias, sino en liderar transformaciones.

De Thatcher podemos rescatar varias lecciones que resultan hoy más necesarias que nunca. En primer lugar, la importancia de gobernar desde las ideas y no desde el cálculo electoral inmediato. En segundo lugar, el coraje de enfrentar intereses enquistados que impiden el progreso. En tercer lugar, la convicción de que la libertad económica no es un lujo, sino una condición necesaria para la prosperidad, puesto que menos Estado supone más mercado y, por tanto, más oportunidades para el progreso de las familias. Y, en cuarto lugar, la certeza de que el socialismo, en cualquiera de sus formas, conduce al estancamiento y a la pérdida de libertades económicas, sociales y políticas, de modo que debe ser combatido en todas sus formas y vertientes.

Margaret Thatcher pasará a la historia como la mujer que transformó Gran Bretaña, pero también como la *lideresa* que demostró que la política basada en principios es capaz de cambiar el destino de una nación. Su centenario es una ocasión para reivindicar no solo a la Dama de Hierro, sino a la idea de que el coraje político y el compromiso con la libertad pueden vencer a la resignación y al declive.

Ese es, al fin y al cabo, el verdadero legado de Lady Thatcher: la convicción de que las ideas importan, que los valores cuentan y que el liderazgo con principios puede transformar radicalmente una sociedad. Para Occidente,

fue una verdadera fortuna que su liderazgo coincidiese con el ascenso de figuras como Juan Pablo II o Ronald Reagan, puesto que tal confluencia resultó vital a la hora de poner fin a la Guerra Fría y devolver la libertad a millones de personas.



Margaret Thatcher: la forja de una líder conservadora y el renacer de la soberanía británica

Edmaly Maucó

Politóloga y coordinadora de proyectos de Foro Madrid

Pocas figuras del siglo XX encarnan con tanta claridad la unión entre convicción moral, firmeza política y liderazgo nacional como Margaret Thatcher. Su vida pública no fue solo el relato del ascenso de una mujer al poder en un sistema donde hasta ahora no había destacado una, sino la historia de cómo una mente forjada en los valores del esfuerzo, la responsabilidad y la libertad logró redefinir el rumbo de Gran Bretaña. En una época dominada por el consenso socialdemócrata y el avance del colectivismo, Thatcher levantó la bandera de los ciudadanos frente al Estado y de la nación frente a la burocracia europea, dejando una huella indisoluble en la política actual.

Liderazgo y vocación desde la familia

El origen del *thatcherismo* puede rastrearse en el hogar familiar de Grantham. Hija de Alfred Roberts, concejal y comerciante metodista, Margaret creció rodeada de debates sobre política, ética y economía. De su padre heredó la austeridad, la disciplina y la creencia en la responsabilidad. «*Nunca transfieras las cosas importantes —decía—; los valores deben practicarse, no delegarse*», recordaría ella más tarde. Esa ética doméstica se convirtió en el corazón de su pensamiento político: el hogar

como metáfora de la nación, donde el gasto debe medirse, los recursos administrarse con prudencia y la libertad sustentarse en el deber.

Trabajar en la tienda familiar le enseñó a valorar la economía real, la del pequeño vendedor que conoce el valor de cada libra ganada. Esa vivencia cotidiana, a menudo subestimada por sus críticos, fue la raíz de su visión económica: la micro gestión del hogar como modelo de la macro gestión del Estado. Desde ahí se configuró una líder que comprendía que la prosperidad no nace del intervencionismo avasallante ni del gasto público feroz, sino de la libertad, el mérito y la honrada gestión.

La resistencia de las ideas en la oposición

Desde su ingreso en la Asociación Conservadora de Oxford, Thatcher se distinguió por sostener con firmeza sus convicciones incluso en ambientes hostiles. En una universidad dominada por el progresismo, ser conservadora la hacía una rareza. Aquella temprana resistencia fue su primera escuela de liderazgo. Ya como joven candidata en 1945, su discurso contra el socialismo fue claro y frontal: una lucha *«entre los partidarios de la esclavitud y los defensores de la libertad»*. Su lenguaje, enérgico y moral, anticipaba la retórica de su futuro gobierno.

Durante los años de oposición, Thatcher se forjó en la adversidad. Cada derrota reforzó su sentido del deber, su determinación y su fe en el bienestar y desarrollo de sus conciudadanos. Como ella misma afirmó: *«Si mis principios no resisten en la oposición, no merecen gobernar»*. Esa convicción la diferenció de los políticos de consenso y cimentó su carácter de gobernante.

Las derrotas que fortalecieron su sentido estadista

Las sucesivas derrotas electorales no la desviaron de su objetivo, sino que intensificaron su comprensión de la política como disciplina de largo aliento. Decidió estudiar Derecho, ampliando su horizonte intelectual y técnico. El contacto con el mundo jurídico y financiero fortaleció su visión institucional del Estado: no como aparato benefactor, sino como garante de la libertad económica. Aquella etapa también consolidó su red de contactos dentro del Partido Conservador, donde empezó a destacar no solo por su brillantez, sino por su capacidad de trabajo y gestionar equipos.

Thatcher no veía el Estado como enemigo, sino como una estructura que debía ser reducida, disciplinada y puesta al servicio de la sociedad. Su «estatismo reformador» consistía en rescatar la autoridad del Estado para

limitar su omnipresencia. Un gobierno fuerte para devolver poder y dignidad al ciudadano.

Las ideas de recuperación económica

Al llegar al poder en 1979, el Reino Unido atravesaba una profunda crisis: inflación desbocada, sindicatos descontrolados y una moral nacional en ruinas. Thatcher no ofreció soluciones fáciles. Propuso sacrificio, disciplina y una fe renovada en el trabajo. Inspirada en los principios del libre mercado y el monetarismo, impulsó una serie de reformas estructurales destinadas a reducir el gasto público, controlar la inflación y liberar la iniciativa privada. Su famosa frase «*No existe el dinero público, solo el dinero de los contribuyentes*» condensaba gran parte de su filosofía económica.

Recortó el impuesto sobre la renta, privatizó empresas estatales, enfrentó con firmeza a los sindicatos y apostó por una economía de propietarios. La crítica la acusó de severa; ella respondió con moralidad. Creía que la generosidad sin productividad conducía a la ruina moral del país. «*No se puede gastar lo que no se tiene*» fue su lema económico y ético. Para Thatcher, el bienestar verdadero no provenía del subsidio, sino del mérito como virtud.

El gabinete y la restauración de la autoridad

El primer gabinete de Thatcher reflejaba su determinación: economistas ortodoxos, defensores del control del gasto y de la libertad de mercado. Rechazaba el «Estado corporativo» y las políticas de renta. A diferencia de sus predecesores, no buscó pactar con el *establishment* burocrático. Su meta era más ambiciosa: transformar el Estado mismo. «*El consenso es la ausencia de liderazgo*», afirmaba con desdén hacia los tibios de su propio partido.

La llegada de petróleo del Mar del Norte proporcionó un respiro económico que su gobierno aprovechó con prudencia. No lo convirtió en fuente de despilfarro, sino en palanca de reactivación. Cada libra debía servir para reforzar la soberanía económica del país. En su visión, la economía era moral antes que técnica: el gasto público debía reflejar el trabajo, no la dependencia.

Liderazgo femenino sin victimismo

En una época donde el feminismo ya iba ligado al resentimiento, Thatcher se impuso sin recurrir al discurso de género. Fue una pionera, pero no una activista. Rechazaba la etiqueta de «líder mujer»: «*No me interesa ser la*

primera mujer en hacer algo; me interesa hacerlo bien». En un Parlamento con apenas 17 mujeres entre 625 diputados, defendió que el mérito —no la cuota— debía ser la vía al poder. Para ella, la igualdad consistía en la igualdad de oportunidades, no en la de resultados.

Su estilo, firme y racional, descolocó tanto a sus adversarios como a sus aliados. Los unos la despreciaban por «masculina», los otros la subestimaban por «femenina». Ella respondió gobernando. Fue, en palabras del historiador Paul Johnson, *«una mujer que gobernó como si no hubiera hombres»*.

Anticomunismo y defensa de la libertad

El anticomunismo de Thatcher no fue meramente geopolítico; fue moral. Veía en el socialismo no solo una equivocación económica, sino una corrupción del alma. En su interpretación, el comunismo negaba la dignidad del individuo al subordinarlo al Estado. En sintonía con Ronald Reagan y el papa Juan Pablo II, formó parte del trípode occidental que empujó la caída del bloque soviético. Su firmeza ante la URSS le valió el apodo de «La Dama de Hierro», con el que los soviéticos pretendieron insultarla, pero que ella convirtió en símbolo de fortaleza.

«No se puede negociar con quienes niegan la libertad», decía con convicción. Su visión del mundo se basaba en la decencia y la dignidad: no todos los sistemas eran equivalentes, y la neutralidad ante el mal era complicidad. En plena Guerra Fría, su liderazgo devolvió a Gran Bretaña un papel central en la defensa de Occidente.

Crítica al mercado común y la Europa de los burócratas

Si bien creía en la cooperación entre naciones, Thatcher desconfiaba del avance integracionista de la Comunidad Económica Europea. Se oponía a la cesión de soberanía hacia Bruselas, alertando sobre el peligro de una Europa que ahogara las identidades nacionales bajo una burocracia sin rostro. En su célebre discurso de Brujas (1988), advirtió: *«No hemos renunciado al Imperio británico para ser dominados por un superestado europeo»*.

Para ella, Europa debía ser una alianza de naciones soberanas, no una federación centralizada. Su defensa de la soberanía británica anticipó el euroescepticismo posterior. Donde otros veían integración, ella veía sumisión. Su patriotismo no era excluyente, sino defensivo: preservar la autodeterminación frente a la ingeniería supranacional.

Nación y soberanía: el corazón del *thatcherismo*

La idea de nación fue el eje vertebrador de su pensamiento. Creía que la fortaleza de un país dependía de la fortaleza de sus ciudadanos. «*Primero construye el carácter, y con él vendrá la prosperidad*», repetía. Para Thatcher, la soberanía no era una noción romántica, sino una condición práctica: sin soberanía económica, no hay libertad política. Su política monetaria, su lucha contra el déficit y su enfrentamiento con la Comunidad Europea respondían a esa lógica de independencia nacional.

El patriotismo *thatcheriano* se oponía tanto al globalismo progresista como al aislacionismo. Defendía una Gran Bretaña fuerte, libre y orgullosa, integrada en el mundo, pero jamás subordinada a él. Ese sentido de misión nacional hizo que muchos la vieran como una heredera moderna de Churchill.

La política como deber moral

Margaret Thatcher transformó la política británica devolviéndole su dimensión moral. No se conformó con administrar; quiso regenerar. En tiempos de declive, devolvió la confianza en la nación, el valor del trabajo y la responsabilidad individual. Su liderazgo demostró que las convicciones firmes pueden vencer al oportunismo. A pesar de las críticas, su legado permanece: una economía más libre, un Estado más austero y una nación más consciente de sí misma.

Su vida pública fue, en definitiva, una lección de carácter. Creyó que «*el éxito no es nunca definitivo, y la derrota nunca es fatal: lo que cuenta es el coraje para continuar*». Esa frase resume su trayectoria: la mujer que, contra todo pronóstico, cambió el rumbo de su país sin traicionar sus principios. La política, para Margaret Thatcher, no fue una técnica, sino un acto de fe en la libertad.

